



Javanesa dibujando una tela

también una fineza que se ofrece á los amigos que se encuentran, como entre nosotros se ofrece el tabaco.

Al cabo de algún tiempo de darse á esta mala costumbre, se pone roja la saliva, se irrita el paladar, se embota el gusto, se arruinan y caen los dientes, se afecta el sistema nervioso y todo el cuerpo se debilita. Pero ¿quién hará entrar en razón á tales hombres? Continuemos nuestro paseo.

Esa mujer acurrucada á la puerta de su casa es una artista. A sù alcance hay unas telas de algodón tendidas sobre unas pértigas, y pinta en ellas dibujos con un pomito de metal terminado en un canutillo muy afilado por la punta. Cerca hay una hornilla en que se derrite la cera con que llena su pomito. La negra cera corre al canutillo, que la artista maneja como una pluma.

A menudo se ciega el canutillo y la vieja sopla su orificio para despejarlo. Diríase una pipa minúscula llena de un líquido negro.

¿En qué consiste la composición? En fantasías lineales bastante ingenuas, como dragones simétricos que sacan la lengua, insectos persiguiendo moscas, follaje de mera imaginación, combinaciones de líneas por el estilo de las que gustan de hacer los niños, pero trazadas con destreza y de efecto bastante decorativo. Cuando está terminado el dibujo, se mete la pieza en un baño de tinte. La cera preserva los dibujos, que se tiñen luego por el mismo procedimiento, estando untado á su vez el fondo.

Las casas se suceden. Es inútil describirlas todas detalladamente. Están habitadas por más de sesenta indígenas divididos en grupos ó familias, que dirige un jefe subalterno ó *mandoer*. Cada familia completa está en posesión de una casa, habiendo alojado á los solteros juntos en un edificio aparte.

Esta población se compone de individuos de tres orígenes: javaneses, malayos y sondaneses, ó naturales de las islas de la Sonda. Los malayos son más altos y robustos y de tez más clara; los javaneses y sondaneses tienen, según dicen, algo del mogol, del indio, del árabe y del chino. Son mansos é industriosos, sutiles de ingenio y pequeños de estatura, sobrios, pacientes, capaces de un vigoroso esfuerzo, pero holgazanes y contemplativos por naturaleza. Más artistas que los malayos, y en cambio mucho menos dotados de sentido práctico, aman con pasión la música, el teatro y la danza. Por desgracia, aman también al juego con ardor, y en sus cabañas del *kampung* de la Explanada, los veréis á

rojizo repugnante. Desde la mañana hasta la noche mascan estas hojas de betel preparadas con nuez de arec, cal apagada y á veces otras sustancias que todavía las hacen más irritantes.

Llevan consigo estas hojas en una cajita de oro, de plata ó de cobre, de forma exágona, preparándose la droga cada uno. Después de todo, nada más sencillo: en una hoja de betel se extiende una capa de cal con la punta del dedo, se envuelve en ella un pedacito de arec y se masca. Es

veces por la noche disputarse el dinero que deben á la generosidad de los visitantes jugando á cartas negras y blancas.

Los días de fiesta se pasean en su *kampung*. Y á fe que hacen entonces buena cara y no mal continente con su *sarongo*, especie de faja anudada á la cintura, su turbante que ciñe sus largos cabellos levantados con una peineta y su veste amarilla un tanto oscura. Algunos llevan pantalón blanco con dibujos negros.

Las mujeres usan pañolotas, vestes, sarongos de colores vivos, dijes relucientes y afeites. En los grupos que forman paseando, dominan los colores rojo, amarillo, rosado, verde, pero nunca chillones, sino armonizados con el pardo. ¡Ah! si no tuvieran todos, y especialmente las mujeres, tan afeada la boca por el abuso del funesto betel!..

Pasamos también por la cocina del *kampung*. Cocíase en ella arroz al vapor de agua, carne conservada por presión y aun carne fresca. La olla estaba puesta sobre unas trébedes al fuego de bambú. Sin el fuego de bambú ¿dónde estaría la cocina javanesa?

En otra cabaña, á la entrada del villajo, unos cocineros amarillos preparan la misma comida, pero con más gusto. Aquí sólo hay picadillo bien sazonado de especias, volátiles con salsa de pimienta, salazón de ciervo, huevos aromados, sin contar los entremeses. Pero no nos detengamos en estos primores exóticos. La banda de los tañedores de *anklungo* hace gran ruido; la hora de las danzas se aproxima y no hay que perder tiempo: dirijámonos al *Pendoppo*.

¿Por qué se agrupan tantos pazguatos alrededor de aquella casa situada al extremo del villajo? Es una casa como las demás, sino que es más espaciosa. Es el alojamiento de cuatro bayaderas separadas del harem del sultán de Joló. Deslicemos una mirada por la entornada puerta.

Una de estas deidades nos aparece indolente, recostada en una estera y á media penumbra reluciente con sus joyas. Otra se pinta las cejas á minuciosas pinceladas. La tercera come arroz en una escudilla debajo de la veranda. La última viene á exhibirse á la puerta de su aposento ciñéndose una faja á la cintura. Están todavía medio desnudas ó medio vestidas, en la franqueza de la intimidad. Una arrugada vieja les trae te, como á simples mortales, y con frecuencia se sonríe puerilmente ante las curiosidades que hacen nacer.

El ruido de la sorda música se aumenta y pónese en marcha un cortejo desde el fondo del *kampung* hacia el *Pendoppo*, lugar de las asambleas populares, de las reuniones del consejo de los ancianos y de los regocijos públicos.

Las cuatro bailarinas se acercan lentamente, cruzan el lugarejo entre los músicos en



Bailarina del kampung pintándose

toda su extensión y llegan á la escalera que conduce á su estrado. La gente se apiña á su paso: ellas continúan sin hacer caso de la gente con la cabeza un poco inclinada y el paso un poco arrastrado.

La gente se amontona en el Pendoppo, en la veranda que es amplia, en las vigas adornadas de banderas, en que se mezclan los emblemas asiáticos con la media luna mahometana: su serenidad no se altera por nada.

El fondo del estrado está tapizado de rojo, de un rojo en que se dibuja un coronamiento de pórtico de madera negra calada. Una serie de figurillas extravagantes, caricaturescas ó serias, doradas, plateadas, iluminadas, vestidas de telas de color suave, están colgadas, en segundo término, de un filete de moldura, formando bandera entre el prosenio y el fondo. Es la compañía de actores del teatro javanés, compañía heroica y cómica de acentuados perfiles para distinguirse desde lejos, y que representa las antiguas leyendas indias, dramas históricos y jocosidades.



Ultima mano de afeites

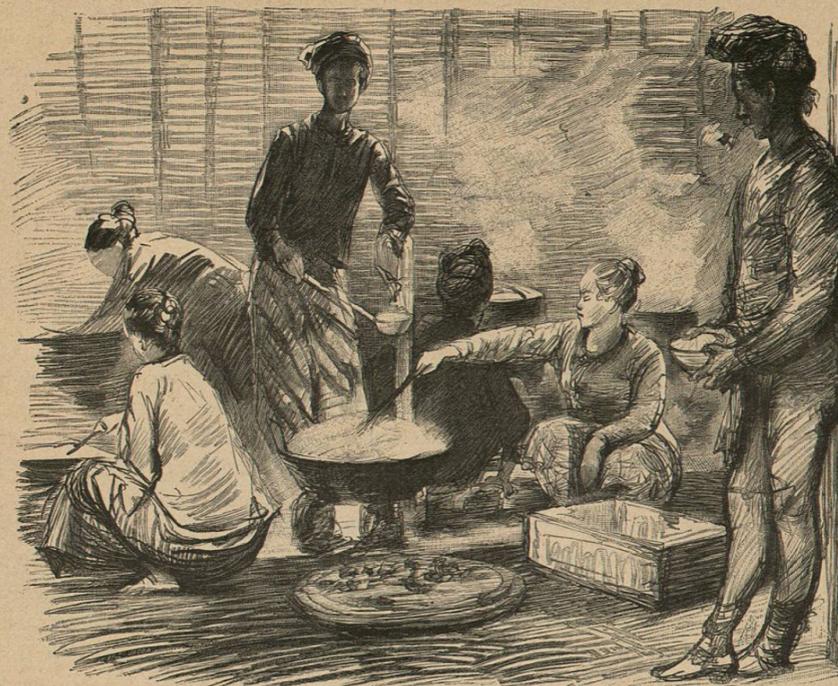
Delante de esta abigarrada empalizada vienen á sentarse las cuatro bailarinas, alumbradas por dos aberturas del techo, á derecha é izquierda, quedando el resto del estrado en una sombra rojiza.

Al rededor y detrás de ellas se acurrucan los músicos y comienza la sinfonía.

¿De qué se compone la orquesta javanesa? Primero del *gamelango*, teclado de laminillas de madera del género del xilófono, que se toca con palillos de madera y da su nombre al conjunto.

Después del *bonango*, juego de gongos de bronce, en forma de marmitas, dispuestos sobre una mesa, heridos igualmente con palillos envueltos en lana, y produciendo dos gamas ó escalas de sonidos llenos. Luego del *rebab*, viola de dos cuerdas, algo parecida á nuestra antigua trompa marina, del *selumpret*, especie de oboe, y finalmente del *tamtam*.

Y muy luego se cree



La cocina del kampong

uno vivir en sueños. Imaginaos una melodía del otro mundo, incoercible digámoslo así, y sin embargo penetrante, de ritmos móviles en una monotonía salmódica y sagrada, traducida en sonoridad de campanas sordas, de cuerdas ahogadas, de maderas enternecidas, de gongos y cimbales atenuados.

A veces se levanta una voz, interponiendo como una antífona, con sacramental volubilidad, algún antiguo texto, alguna vieja balada recordando los héroes y los dioses. Y esta música de impresión menor, nutrida de quintas tónicas, dulce, voluptuosa y cargada del sentimiento religioso del Asia, parece venir de los lejanos paraísos, donde arden al rededor de los bienaventurados eternos perfumes en inagotables pebeteros.

Ahora bien, durante este tiempo danzan las bayaderas. ¡Oh! estamos verdaderamente en el paraíso de Indra. Viendo en su jaula á las cuatro hadas, me había sonreído tomándolas por niñas ó muñecas con mirada de mujer, y ahora veo que son ídolos. Un casco de oro con exquisitas volutas y cerco de plumas negras, descende sobre su frente hasta las pintadas cejas y los oblicuos ojos agrandados por el *kohl*. Enormes pendientes de oro, preciosamente trabajados, brillan en sus orejas, mientras los pintados labios parecen de coral. Los hombros descubiertos, ostentan un baño de azafrán, y unos brazaletes de oro con cabezas de dragón ciñen sus brazos por arriba. Llevan ceñido el talle con franjas de oro y de su cintura caen paños ligeros y tornasolados y fajas rojas, verdes y amarillas, igualmente orladas de oro.

Son severas en su gracia, cual cumple á seres hieráticos que se continúan en las generaciones simbolizando en su grave pantomima la inmemorial evolución de los mundos al rededor de la luz, de los hombres en torno del amor.

Evolucionan juntas las cuatro diosas, que se creerían descendidas de los bajo-relieves de Angkor, y para danzar se miran, dando con frecuencia la espalda al público, sin que jamás se mueva una fibra en su fisonomía de jóvenes inmortales, sin que una sonrisa asome á sus carnosos labios.

¿Qué profundo sentido se oculta bajo las largas y castas ondulaciones con que nos arrebatan? ¿Qué significan esas graciosas flexiones del cuerpo, esos movimientos ampliamente rimados, esas nobles cadencias de los brazos, esas manos crispadas, esas fajas de la cintura, que se agitan y vuelan y esos dedos que de repente hacen un trinado en el aire?

Bien se quisiera penetrar ese misterio, comprender á lo menos la salmodia del recitante.... Pero ¿qué importa esto, si al fin se opera el encanto? De esto no puede dudarse.

Alguien, muy bien informado, me ha dicho el nombre y la edad de estas jóvenes de Java, cuya mímica nos lleva con indecibles refinamientos á la sublime ingenuidad. Una de ellas, la mayor, se llama Faminah y tiene diez y seis años; la segunda, Sariem, tiene poco más de catorce; Saria apenas tiene trece y Neskiem frisa en los doce.

El sujeto obsequioso y bien informado, me iba á dar aun otros informes, pero me aparté de él. Cuando ha vivido uno más de una hora en el paraíso de los dioses de la India, siente afean el recuerdo de sus visiones con vulgares nociones terrenales.

Y sin embargo, mientras nos retiramos, la vida del kampong continúa á nuestra espalda con todos sus atractivos. Allá, volviendo la cabeza, brillan bajo un sobradillo multitud de cajas de te de cobre amarillo. Algunos transeuntes asedian una tienda donde se venden en confusión, sombreros de paja y de cuero, cestería de bambú, *gongos*, telas abigarradas, y cerca de allí, al rededor de un pabellón de columnas anilladas de bermellón, unos jóvenes malayos vestidos de blanco, con el cuello y las mangas adornadas de rojo y contoneándose como marineros, sirven á quien pide bebidas de todos colores.

La vieja que dibuja, traza sin cesar en su tela sus dragones, é insectos persiguiendo moscas. Fuera del Pendoppo, nada traspasa del ideal espectáculo. Bajo la veranda de cada habitación, detrás de las claraboyas, javaneses y javanesas trabajan en silencio, ó perezosamente acurrucados, inmóviles, impasibles se anonadan en vagas contemplaciones. Sus ojos oblicuos y casi cerrados huyen de nuestras expansiones occidentales: sólo el ruido sonoro de nuestro dinero les llama la atención. En el fondo, estos insulares de una tierra ardiente, transportados á través de los mares con sus habitaciones, como por virtud de magia, están en París como en Java desdeñosos de nuestras instituciones y costumbres y viviendo su vida de soñadores despiertos.

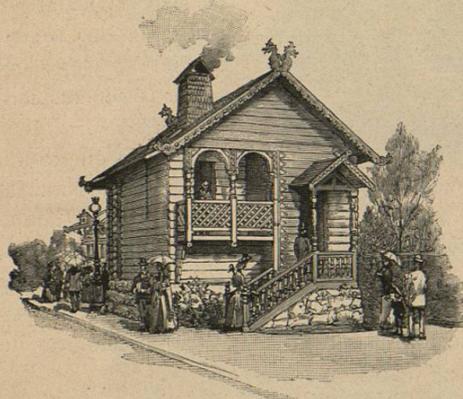
L. de FOURCAUD.



Galopín de cocina en el kampong

LAS 44 HABITACIONES HUMANAS

CONSTRUÍDAS EN EL CAMPO DE MARTE POR M. CARLOS GARNIER



Casa escandinava

No hay menos de cuarenta y cuatro, número preciso: cuarenta y cuatro tipos de construcción, que son los que se exhiben en hilera al pie de la torre Eiffel, para presentar como en un panorama sintético, digámoslo así, la historia de la habitación humana.

Mi excelente colega Emilio Goudeau, con su ingenio y gracia habituales, hizo ya de *cicerone* en otro lugar de esta revista guiando á nuestros lectores por esta parte de la Exposición, y por consiguiente no tenemos que insistir en el programa seguido por M. Garnier ni explicar de nuevo el plan de su obra. El eminente arquitecto hubo de tomarse al parecer

mucho trabajo para realizarla: en ella trabaja con el mayor ahinco hace dos años, y se dice que piensa darle una especie de consagración con la publicación de un libro especial más duradero que los frágiles edículos que imaginó para el recreo (no me atrevo á decir para la instrucción) de los visitantes de esta admirable y por demás enciclopédica Exposición de 1889.

Nunca lo animaríamos bastante en su grande empeño, pues jamás necesitó una obra de artista un comentario explicativo tanto como la empresa de Garnier. ¿Hay que llevar al extremo la franqueza? Pues bien, cúmplenos decir que este comentario es tanto más necesario, cuanto que se comienza á acusar en alta voz al célebre miembro del Instituto de haber querido hacer á la señora arqueología una de esas jugadas que su ingenio paradójico gusta de inventar. Personas que se creen bien informadas afirman que el autor de estas cuarenta y cuatro habitaciones humanas sólo ha sacado de su imaginación la mayor parte de los documentos, en que ha erigido esta historia arquitectónica. Y añaden que, no en pequeña parte, son incompletos ó absolutamente fantásticos sus tipos de casas; que casi ninguno da, como sería conveniente, la impresión de la verdad y de la vida; que son juguetes pueriles sin utilidad ninguna para la ciencia, no teniendo el valor de exactitud que se necesita en las «lecciones de las cosas;» y finalmente que tienen el defecto de presentar á los ojos del público imágenes concretas, cuya autenticidad es más que ilusoria, bajo engañosas apariencias de certidumbre.

¿Son estos críticos serios ó simples maldicientes? A los sabios toca resolver la cues-